

JUAN M. URDANGARIN ABALABIDE

MI HERMANO KOLDO

Biografía y Evocaciones



Santiago de Chile

2007

Personajes pintorescos de Oiartzun

En todo pueblo pequeño y viejo, hay lugareños, otros que llegan y se quedan, que llaman la atención por alguna circunstancia de sus vidas; se arrinconan entre sus vetustos muros y conocen todas las tablas brillosas de los asientos de las plazas y se les ve deambulando por los gastados adoquines de sus calles.

Generalmente son de un dulce mirar, pacíficos y bondadosos; por supuesto como en todas las cosas de la vida, hay excepciones, como la del pequeño y misterioso hombrecito que trajeron un día a Oiartzun; no medía más de metro y medio y cargaba una gran joroba en la espalda; lo albergaron en el asilo del Colegio de las Monjas de la Merced, donde estudiábamos todos los niños del pueblo; lo llamábamos “Soinu konkoxua”, algo así como, “jorobado mete-bulla o malo”.

Todos los niños le hacíamos rabiar gritándole cualquier palabra ofensiva; él se defendía tirándonos a la altura de los pies su makila (bastón o vara). Siempre andaba con él; pienso que también le serviría de apoyo; con los gritos y carreras, salían las monjas y Soñu se iba; había una monja que nos defendía siempre, Sor Irene; nos tenía un afecto especial.

Koldo, en su libro antes nombrado, lo define en forma magistral, sic: “Era el último Troglodita, llegó envuelto en una aureola de misterio, lo rescataron desde las cuevas del Jaizkibel, donde vivía solitario, seguramente vivía escuchando los húmedos ecos repetidos en cada caverna de su escondite”.

Era huidizo y rara vez hablaba con alguien; tenía una mirada entre asustadiza y escudriñadora, como que nos preguntaba a nosotros... que hacía ahí, pienso que ni él mismo sabía quien era; por lo menos en el asilo tenía comida todos los días y una cama donde descansar. Se comentaba en el pueblo que hambriento salió de sus cuevas a buscar alimento en los caseríos cercanos, mejor dicho a robar gallinas o lo que fuera; dieron cuenta a las autoridades y lo pillaron, lo llevaron al pueblo más cercano que resultó ser el nuestro. Nunca nadie supo quien era, ni su nombre, ni por qué vivía en las cuevas; nunca más se fue del pueblo, y vivió y murió con el nombre de Soinu.

Otro personaje pintoresco del pueblo era “Dulcemeneo”. Vivía también en el asilo, tenía un avanzado mal del “Baile de San Vito”, tenía un permanente temblor en sus manos y cuando iba a la iglesia, nosotros niños traviesos estábamos atentos al momento de persignarse, estábamos pendientes de las veces que repetía y tocaba su frente, la boca y el pecho y muchas veces le fallaba la puntería, no dominaba bien los movimientos y se tocaba cualquier parte del cuerpo. Era el único amigo de Soinu, no sé que hablarían o si lo hacían; pero siempre los veíamos sentados juntos en los bancos, a la sombra de aquel pequeño bosque de plátanos.